

Muerte y apoteosis

Los últimos tiempos del Padre de la Patria fueron de síntesis en su vida. Hizo testamento y con él cerró un ciclo vital muy ajetreado y lleno de vicisitudes. Su salud física se deterioró los últimos años, pero mantuvo clara su mente.

*Rodolfo E. Argañaraz Alcorta
Instituto Nacional Sanmartiniano*

El general José de San Martín se trasladó de Bruselas a París en el año 1831 junto a su hermano Justo Rufino y su hija Mercedes y posteriormente a la localidad de Grand Bourg, a una finca que San Martín adquiriera con consejo y ayuda de su amigo el marqués de Aguado, donde vivió desde el año 1834 hasta 1848.

San Martín en aquellos tiempos empezó a pensar en su muerte. Su salud no era buena, pero llegó sin embargo a una edad avanzada para su época (setenta y dos años). Su actuación militar fue por treinta y dos casi ininterrumpidos ; sus campañas y su actuación de hombre de estado lo obligaban a una tensión permanente, que le impedía una vida regular y metódica, conspirando contra su salud. Mucho se ha escrito sobre sus enfermedades. Padecía una úlcera de estómago que le provocaba vómitos de Sangre, y reuma con intensos dolores. Por esta última afección acudió a baños termales en Mendoza, Chile y Europa. Debemos advertir que su precaria salud en nada disminuyó ni afectó su trascendental obra de Libertador de América. Ta es así que recordamos que en enero de 1820, pese a padecer intensos dolores reumáticos y digestivos, cruzó la cordillera de los Andes en camilla, a hombros de sus soldados.

En Bélgica en el año 1830 había adquirido cólera, conjuntamente con su hija; los atendió Balcarce. Así se este último con Mercedes, con quien luego se casará. Pero fue en 1847 cuando las cataratas dejaron casi ciego al general San Martín. Así llegó a los setenta y dos años, la mente clara, pero ciego, lo que lo sumía en largos silencios sin lamentaciones. Su familia le leía los diarios, la correspondencia que recibía y le escribía las cartas que él dictaba. Deseaba operar su ojos en Londres, solicitó licencia a Juan Manuel de Rosas para su yerno, Balcarce, que se desempeñaba como representante argentino en la legación de Francia, para que lo acompañara. Las cartas de esa época están sólo firmadas por su mano, el pulso tiembla y la pluma escribe como tanteando en la penumbra. Había pasado los setenta años. El abatimiento moral propio de la vejez se agravó por la ceguera.

El testamento

Cuando San Martín cumple sesenta y seis años, comenzó a ordenar sus papeles. Su mente era clara, su espíritu templado en la adversidad se había fortificado en los años de exilio voluntario.

Entonces el héroe escribe de puño y letra su testamento el 23 de enero de 1844. Recordemos algunas cláusulas testamentarias.

Poco tiene que disponer, ya que su patrimonio era escaso. Tiene subsidios de la Argentina, alguna pensión militar del Perú y regalos de su amigo Aguado, el rico español del cual él fue albacea de sus hijos. “Dejo como absoluta heredera a mi hija Mercedes”, escribe el Libertador.

A América lega su sable corvo y el estandarte de Pizarro, aquella insignia con la que el bravo conquistador español había iniciado en América el ciclo de la Colonia. Al llevársela San Martín consigo, se cerraba aquel ciclo de dominación hispánica y se iniciaba otro nuevo en la historia.

San Martín lega el sable a Juan Manuel de Rosas por haber defendido la independencia argentina contra la agresión extranjera. Este sable que partió del Plata hasta el dominio de los Incas, con su brillo iluminó un mundo nuevo y selló la independencia de tres Repúblicas hermanas. Siguió a su dueño en la apoteosis del renunciamiento y luego regresó a la Patria.

Con respecto al estandarte de Pizarro, San Martín dice: “Es mi voluntad que el estandarte que el bravo español don Francisco Pizarro tremoló en la conquista del Perú sea devuelto a esa república”. El Libertador manifiesta también en su testamento que las horas agradables de su vejez se las debe a su hija Mercedes, a su yerno Balcarce y a sus nietas Josefa y Merceditas. Hacemos notar aquí que su nieta Merceditas murió soltera y Josefa se casó con el mejicano Gutiérrez de Estrada, sin descendencia, por ello San Martín no tiene descendencia directa.

Prohíbe que se le rindan honores en su funeral y “desde el lugar en que falleciera se me conducirá directamente al cementerio sin ningún acompañamiento, pero sí desearía que mi corazón fuese depositado en Buenos Aires”. Sencillo, desprovisto de vanidades. Él –al decir de Sara de Raed– que entraba a las ciudades en horas de la noche para evitar los homenajes alcanzados por sus victorias, quiso llegar de igual manera a la ciudad del eterno silencio sin acompañamientos ni ceremonias. Siempre expresó su voluntad de morir en su Patria. Pero desde que se fue en 1824, nunca más pisó tierra argentina.

Este testamento tiene un hondo sentido moral y revela la austeridad de su carácter. En solo cincuenta y dos líneas expresó su voluntad póstuma. No necesitó de declaraciones ampulosas ni de albaceas testamentarios. Su caligrafía es esmerada y de fácil lectura, su escritura es firme sin vacilaciones y lo preparó con cristiano fervor.

Muerte del Libertador

En 1848 San Martín toma una decisión fundamental y es trasladarse a la localidad de Boulogne Sur Mer para alejar a su familia de París por el estado revolucionario que allí existía. En esa ciudad alquiló un piso alto en la casa Nº 5 de la calle Grande de propiedad del Dr. Gérard, bibliotecario de esta localidad que ocupaba el piso bajo de dicha casa. Allí vivió San Martín dieciséis meses, y ésta fue su última residencia; lo acompañaban su hija Mercedes, su yerno Balcarce y sus dos nietas.

En julio de 1850 se trasladó a los baños termales de Enghien, cerca de París, buscando calmar sus dolores. Concluida su cura, retornó a Boulogne Sur Mer. Era evidente la proximidad de su muerte. Del carruaje en que regresaba, no descendió por sus propios medios y fue llevado en brazos hasta su habitación.

El 13 de agosto tuvo síntomas que se agudizaron. Cuando su hija se acercó para consolarlo y preguntarle cómo se sentía, él le respondió: “C`est l`orage que méne au port” (Es la tormenta que lleva al puerto).

Los elementos constitutivos de su carácter empezaron a apagar la pasión por la libertad americana y la elevación de su pensamiento que llevó a proyectar el paso de los Andes, aquella cordillera majestuosa y trascendente de sus desvelos. Ahora, contemplando este último puerto, un mar sin velas, un océano sin tormentas, una tierra tendida en horizontes infinitos, nada más. Una sombra que camina en la inmensidad de la tierra americana, que la cubre con su gloria. Se lo observa sobrio, austero, valeroso y tenaz. San Martín soporta los últimos momentos con gran entereza. El 17 de agosto fue trasladado a la habitación de su hija donde pidió que le leyeran los diarios.

Algo después de las dos de la tarde los dolores se intensificaron, se encontraban junto a él su familia, el médico Jardon. El bibliotecario Gérard, el señor Francisco Javier Rosales, encargado de negocios de Chile. Así, con plena lucidez, murió San Martín a las 3 de la tarde, el 17 de agosto de 1850 en Boulogne Sur Mer.

Había partido de Buenos Aires, en un exilio voluntario, hacía veinticinco años. Rosales diría al comunicar a su gobierno la triste noticia: “Acabó sus días en los brazos de su afligida y virtuosa familia, con la calma del justo”. De acuerdo a la disposición testamentaria el entierro se hizo sin pompa. El féretro fue depositado en la Catedral de Notre Dame de esa localidad, y después trasladado en 1861 a Brunoy para ser depositado en la tumba de su nieta Merceditas que había fallecido soltera el año anterior. Su féretro fue cubierto con el Estandarte de Pizarro, el que fue entregado posteriormente al ministro peruano Gálvez para ser remitido al gobierno del Perú en cumplimiento de la cláusula testamentaria. Mariano Balcarce, yerno de San Martín, falleció en París en los primeros días de febrero de 1885, después de haber cumplido todas las disposiciones testamentarias que estableciera el Libertador.